

pues, perfectamente cubierta una parcela fundamental de la historia de la literatura griega que hasta hace no mucho tiempo presentaba en nuestro país, en lo que a traducciones se refiere, un panorama poco menos que desolador.

FERNANDO GARCÍA ROMERO

EURÍPIDES, *Hercules*, ed. K. H. Lee. Teubner Verlagsgesellschaft, Leipzig 1988, pp. XVIII-59.

1. La tragedia de Eurípides que nos ocupa ha merecido los honores de que la crítica le haya dedicado páginas, no tanto en función de las alteraciones y diversificaciones textuales cuanto en función de su estructura a la luz de la concepción que Aristóteles tiene sobre las contradicciones en los caracteres de los personajes de la tragedia (*Poética* 1461b). Según ella, críticos tan prestigiosos como E. Petersen, E. Kroeker, S. Carrière y otros han puesto en duda la «unidad» de la obra de Eurípides. No obstante lo cual, hoy la crítica, en términos generales, se decanta por una unidad, orgánica al menos, de la acción dramática del *Heracles* dentro de esas dos o tres partes que se han querido, y quierren, ver en el drama presente, aunadas, eso sí, por la presencia mental, ambiental o física del personaje central, desde U. Wilamowitz hasta G. W. Bond, pasando por estudios tan interesantes como el de J. C. Kamerbeek titulado «Unity and Meaning of Euripides' *Heracles*», que publicó en 1966 la revista *Mnemosyne*, en el que, entre otras ideas, expone la razones por las que hay que considerar, a su entender, que una obra dramática tiene unidad escénica. En un sentido semejante se pronuncia G. W. Bond en el apartado de la introducción «The Meaning and Unity of *Heracles*» a su edición, excelente por cierto, del *Heracles* de Eurípides (Oxford 1981). Y es que aplicar los mismos métodos críticos a los trágicos griegos nos parece un error por aquello de la evolución lógica y progresiva que va adquiriendo todo género literario a través del tiempo y en la medida de la mayor o menor capacidad de modernización de un autor, o, como ha dicho J. de Romilly, «c'est bien cela qui fait le caractère propre d'Euripide; car il a su moderniser le genre traditionnel, le renouveler et lui infuser un sang nouveau, sans pour autant s'écarter jamais de l'esprit ni des règles de cette tradition» (*La modernité d'Euripide*, París 1986, p. 225).

2. La edición que nos presenta la editorial alemana, de la mano esta vez de K. H. Lee, es interesante. Consta el libro de las partes que son ya tradicionales en la editorial. Comienza con un prefacio breve (pp. V-VIII), en el que se estudian los códices que nos han legado la obra, las enmiendas de los posteriores, se hace un juicio crítico y comparativo de los mismos para concluir en la primacía de tiempo y valor del *codex L Laurentianus*, padre de los subsiguientes en opinión de Lee, que en este campo sigue las conclusiones que del estudio de

los códices han sacado A. Turyn y G. Zuntz. Esto no quita para que en un cotejo siguiente se vean cómo lecciones del códice *P Palatinus* sean referidas a las del *L*. Cierra este preámbulo un estudio sucinto de los dos fragmentos conservados en papiros: el uno contiene los versos 136-143, 146-160, 163-165, 167-170 y 238, algunos de los cuales no concuerdan con los dados por *L*. El otro aporta los versos 1092-1097. G. W. Bond añade un papiro más, algo posterior a los anteriores, con los versos 57-59 y 1337-1339, con errores manifiestos.

Sigue el prefacio con un *Studiorum conspectus* que consta de: a) las ediciones y comentarios del *Heracles* desde la Aldina de 1503 hasta la Oxoniense de G. W. Bond de 1981; b) libros, estudios y trabajos sobre Eurípides, y especialmente sobre el *Heracles* en una relación casi exhaustiva de los mismos (pp. IX-XVI), y c) siglas y nombres de las revistas que se citan en el texto.

Da fin al prefacio las siglas relativas a los códices, papiros y signos convencionales.

Comienza el texto con el argumento mutilado de la obra, los personajes y la fecha aproximada de representación.

Las páginas 2-50 recogen el texto griego con las correcciones, enmiendas y demás aditamentos de toda edición crítica en la parte inferior de la página. En las siguientes y finales (51-59) aparecen unos estudios-estructuras métricos de las partes corales, sistema epirrético y amebeos que se encuentran a lo largo de la obra.

3. Permítasenos hacer a continuación una exposición comparativa de esta edición de Lee con anteriores que han sido publicadas por Oxford: la de Gilbert Murray de 1913 en su tercera edición y cuya reimpresión es del año 1966, y la de G. W. Bond de 1981.

Las concomitancias entre las tres ediciones son tan grandes que podemos muy bien pensar que se trata de ediciones hermanas que salen de un mismo modelo, el manuscrito *L* en este caso, con las salvedades que eran de esperar, si bien en menor número de las previsibles en ediciones de este tipo. Pero es que no podía ser por menos, ya que incluso son muy pocas las citas que los antiguos hacen de esta obra, apenas seis, en versión del propio Lee.

Aunque no es nuestra intención entrar de una manera intensa en las partes corales (ya lo hicimos con otra obra de Eurípides, *Ifigenia en Áulide*, en el número 2 de esta revista), sin embargo, quisiéramos destacar aquellos momentos o pasajes en que la distinción entre los editores se hace notoria.

He aquí, pues, un breve estudio sin entrar apenas en detalles: Estásimo 1.º: los versos 352-353b, lo mismo que los correspondientes de la antístrofa 368-369b, aparecen desarrollados en tres *stichoi* en las ediciones de Oxford, en dos en la de Lee.

Más interesante es la escansión colométrica en la segunda estrofa, en la que las divergencias entre las tres ediciones son manifiestas. Son los versos 382-384: Murray prefiere reconocer junto al hexámetro anapéstico un ritmo trocaico-yámbico; Lee, que «colometrizo» de forma muy similar, no está muy seguro de

la denominación anapéstica del primer *stichos* y prefiere interpretar un ritmo yámbico para el verso siguiente. Bond sugiere el ritmo dactílico de los dos primeros versos y terminar el último con el yámbico. La misma colometría, evidentemente, para la antístrofa.

De todas formas, la estructura de este estásimo es lo suficientemente sugerente, estrofa, mesodo, antístrofa, epodo, como para pensar en combinaciones diferentes a las tradicionales.

En el segundo estásimo debemos anotar que los vv. 677-679 (691-693 en la antístrofa) los considera Murray gliconio y dímteros coriámbricos, mientras Bond y Lee prefieren ver un hiponacteio, un anacreóntico y un dímtero jónico, respectivamente.

Los estásimos tercero y cuarto muestran unas diferencias tan pequeñas en las tres ediciones que no creemos que merezca la pena el que sean reseñadas, especialmente porque en el cuarto Bond y Lee siguen el mismo criterio en la elección de variantes.

En el éxodo, lo más destacable, sin duda, es la colocación de los versos 1183-1189. Mientras que Murray sigue el orden numérico, Lee, siguiendo a Bond, ha elegido la disposición que ya Dobree sugirió de 1184-87-88-86-85 (con la inclusión aquí del verso 83)-89. En realidad, se trata de cortes que obedecen a una situación léxica y/o una estructura métrica preconcebidas. Bond-Lee basan su colometría en el yambélego y el enoplio (v. 1188), con un verso inicial, 1184, de docmíos y un trímetro yámbico el último de ellos. Murray, en cambio, escande los versos manteniendo como base el dímtero docmiaco, en función del ritmo de los versos precedentes, con una tripodia yámbica cataléctica (rufuliano) en los versos 1184-1185.

Vuelven a existir diferencias en los versos 1197-1198, que Murray escande como tetrámetro anapéstico y monómetro dactílico cataléctico, mientras Bond-Lee resuelven en un arquebuleo o enoplio amplificado.

Los versos 1207-1211 provocan diferencias, ahora entre el tándem Murray-Bond y Lee, pero son diferencias más aparentes que reales, ya que en todos ellos los *stichoi* mantienen el ritmo docmiaco, ya sea en dímteros, para los editores de Oxford son todos los versos en cuestión, ya sea en una alternancia irregular de monómetros (versos 1.º y 5.º) y dímteros (2.º, 3.º y 4.º) docmiacos.

En cuanto a las partes recitadas, digamos que las diferencias entre las tres ediciones son tan escasas y de tan poca monta que no merece la pena extenderse en explicaciones largas. No obstante, consiéntenos hacer algunas consideraciones empezando por la de que Lee, con un criterio muy atinado a nuestro entender, ha seguido muy de cerca la edición de Bond, por lo que hace a las *lectiones* o enmiendas que aportan los críticos modernos. De poco más de cincuenta conjeturas siguen acordes en unas cuarenta, y sólo en seis ocasiones defienden una enmienda distinta: Lee se mantiene fiel al código *L* en v. 146, con $\acute{\omega}\sigma\theta'$; v. 240, con $\pi\tau\acute{\upsilon}\chi\alpha\varsigma$; v. 617, con $\omicron\delta' \omicron\acute{\iota}\delta\epsilon\nu$. En estos casos, Bond prefiere otras conjeturas. Sigue las lecciones de Musgrave en v. 187, $\delta\rho\acute{\alpha}\sigma\alpha\iota$, y v. 725,

λάβωμεν, y Paley en v. 291, con καί. Algunas de ellas no tienen la entidad suficiente como para ser siquiera comentadas, tal el ὄσθ' / ὄς del v. 146, o la opción πύχας / πυχάς del 240.

El v. 87 lo pone Lee en boca de Mégara. Creemos que el sentido de la frase cuadra mejor si dicha expresión la dice Anfitrión, debido al estado anímico más firme y fuerte del suegro en estos momentos que el de la nuera. La enmienda de colocar el verso en boca de Anfitrión y posponerlo al v. 88 se debió a Wilamowitz y fue seguida por Murray, Diggle y Bond (véase las observaciones que hace Bond en su comentario a este verso en la p. 85). En el mismo sentido, creemos más acertado el mantenimiento en el v. 187 del δράσας de los manuscritos que la conjetura de Musgrave δρᾶσαι que sigue Lee. Resaltemos también la conjetura de Wilamowitz en la alteración posicional de los vv. 193-194-191-192, que adopta Bond-Lee, ateniéndose más al orden lógico. Ahora bien, pensamos que no es, o suele ser, precisamente el orden lógico el que se sigue en la poesía griega con más frecuencia. Ahí tenemos el caso de la histerología como figura de empleo abundante en griego desde época muy temprana (cf. Homero, *Il.* 3.318; *Od.* 5.264, 19.535, etc.). Por otro lado, pensamos que no hay necesidad de hacer en este texto una gradación climática.

Somos también del parecer de que Lee acierta al preferir la *lectio* ἔτεκον μὲν del códice *L*, v. 458, frente a la conjetura que propone Wilamowitz de ἐτέκομεν y que acepta Bond en su edición. No es tanto el punto de vista métrico por el que la resolución la podemos ver en el pie *anceps* o en la primera larga del metro, respectivamente, cuanto la estructura sintáctica de la oración siguiente con una primera persona del singular (los ejemplos de este tipo abundan en Eurípides: *Hip.* 341 y 343, *Med.* 1061-1063, etc., sin contar con los cambios de singular a plural de un personaje a otro en las esticomitias, v.gr., el primer episodio de *Hécuba* en la protagonista y Odiseo vv. 242 ss.), además de la correlativa δὲ que viene a fianzar esta opinión. En un sentido similar cabe pensar en las conjeturas de los vv. 480, δυστήνω φέρειν; 484, πικρόν; 620, ἦ, y 701, περᾶς, en las que Lee coincide con Bond. No así en el seguimiento del códice en el v. 617: creemos más atinada la *lectio* de Mathiae que recogen Murray y Bond (cf. Bond, *op. cit.*, p. 219).

También nos inclinamos con Lee a admitir la conjetura de Musgrave del v. 725, λάβωμεν, más en consonancia con el texto que las que dan el manuscrito *L*, λύσωμεν, o la lección de Canter, λεύσσωμεν, que recoge Bond.

Cabe expresarse en términos semejantes en relación a la elección de las variantes que aparecen en el cuarto episodio, v. 825, δώματα; 831, κοινόν, e incluso tras el 870, en concordancia con Bond, sin bien disentimos en la elegida por ambos editores para el v. 934, siguiendo a Wilamowitz; pensamos que el códice *L* lleva razón al colocar el genitivo εὐτρίχου por el nominativo εὐτρίχος propuesto por los enmendantes.

En el éxodo es importante resaltar que, a excepción del v. 1228, en que las versiones de Lee y Bond no son iguales (la utilización de τυχίσματι del v. 1096

frente a τυκίσματα de Bond, lo mismo que τύχοις de Lee frente a τύκοις de Bond en el v. 945 no deja de ser una mera opción gráfica), siguen el mismo criterio a la hora de la elección conjetural. En el verso citado, Bond sigue al manuscrito que escribe τὰ τῶν θεῶν γε, y Lee, también Murray, eligen la conjetura de Headlam τὰ γ' ἐκ θεῶν. Destaquemos también la misma elección incluso en la posibilidad de que los vv. 1291-1293, 1299-1300 sean interpolados.

A pesar de lo dicho, y precisamente por lo dicho y lo no dicho, tenemos que terminar diciendo que la edición que Lee ha hecho del *Heracles* es muy importante y digna de ser tenida en cuenta a la hora de cualquier estudio ulterior del drama de Eurípides.

J. M.^a MARCOS PÉREZ

EURÍPIDES, *Phoenissae*, Ed. D. J. Mastronarde. Teubner Verlagsgesellschaft. Leipzig 1988, pp. IL + 154.

Consta el presente libro de un prefacio en el que se estudian los diversos temas que se especifican en la cabecera: acerca de los códices de las *Fenicias* (pp. V-XIII), tanto de los códices anteriores al año 1260, cinco en total, como los dieciocho posteriores a ese año y que están conectados con las recensiones de Moscopulo, Tomás, Triclinio. Una segunda parte dedicada a las referencias de las gnomologías que corrían en la antigüedad, sentencias entresacadas de las obras de Eurípides, escritas por autor o autores anónimos, y recogidas en papiros y códices. Viene después un estudio amplio y profundo de los papiros, de los muchos testimonios y escolios de la obra que nos ocupa, así como las numerosas interpolaciones que hay en las *Fenicias*, la obra de Eurípides más manipulada detrás de *Ifigenia en Áulide*, en parte por la estructura de la situación, sentimientos y hábitos de los personajes, estilo del drama; en parte porque la obra no tuvo demasiada buena fama. Al final, en las páginas 128-143, hay un estilo especial, *appendix coniecturarum*, de la problemática conjetural de la obra. Continúa el prefacio con las ediciones habidas desde 1503 en que Apolo Manucio la publicó por primera vez, con un estudio de la misma, errores de las familias de códices; las publicadas en los siglos XVIII y XIX, destacando la *editio maior* de Kirchhoff, y las del XX, especialmente las de Wecklein y Murray. Sigue nuestro editor dando razón de su edición, algunas observaciones sobre la ortografía y termina con las gracias a todos los colaboradores, personas y entidades. Prosigue el editor con un *conspectus editionum potiorum*, bien sean del texto sólo, bien del texto, traducción y/o comentarios. Unas cincuenta ediciones desde 1503 hasta la de Scarcella en 1957.

Mastronarde nos presenta después una panorámica de libros, disertaciones, comentarios en los que se explica, se juzga la obra, se enmiendan o se indican los lugares defectuosos, enmiendas, conjeturas, etc. La aportación de títulos es